



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Sylvia Saitta

Universidad de Buenos Aires

sylviasaitta@gmail.com

Jorge Lafforgue, entre la crítica y la edición

Jorge Lafforgue, between Criticism and Editing

Resumen

Este artículo realiza un recorrido de la trayectoria de Jorge Lafforgue como editor, crítico literario, docente universitario, periodista y lector de literatura argentina y latinoamericana como modelo para reflexionar sobre la historia de la crítica literaria argentina y sobre el presente de sus circuitos de difusión.

Palabras claves

Jorge Lafforgue, historia de la edición, crítica literaria, literatura argentina.

Abstract

This article reviews Jorge Lafforgue's career as an editor, literary critic, university professor, journalist and reader of Argentine and Latin American literature as a model to reflect on the history of Argentine literary criticism and the present of its circulation circuits.

Keywords

Jorge Lafforgue, History of publishing, Literary criticism, Argentine literature.

A diferencia de muchos de los nombres más transitados por quienes se dedican a la literatura argentina y latinoamericana, el de Jorge Lafforgue es, quizá, uno de los más citados, pero menos estudiado por la historia de la crítica literaria

argentina. Sería imposible escribir una historia del libro, del mundo editorial, de la circulación del libro argentino sin pensar en Lafforgue como uno de sus grandes protagonistas. O estudiar el género policial y la obra de algunos escritores, como Horacio Quiroga, Rodolfo Walsh o Leopoldo Marechal, temas y escritores sobre los que Lafforgue escribió a lo largo de muchísimos años, y a los que también prologó o sobre los que realizó compilaciones fundamentales para el estudio de la literatura argentina como, por ejemplo, el imprescindible *Asesinos de papel*, en coautoría con Jorge B. Rivera, sobre el género policial, cuya primera edición de 1977 se publicó en Calicanto, y la última, modificada y ampliada, con el título *Asesinos de papel. Ensayos sobre narrativa policial*, se publicó en Colihue, en 1996. Los otros casos comprenden *Rodolfo J. Walsh*, un número de la revista *Nuevo Texto Crítico* de la Universidad de Stanford que apareció en 1994, y que, por el impacto que produjo en la lectura de la obra de Walsh, Lafforgue reeditó, ampliado, en formato libro, en Alianza, en 2000; y la edición crítica de *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, realizada junto a Fernando Colla para la Colección Archivos en 1999. No obstante, en la historia de la crítica literaria argentina, el capítulo sobre Lafforgue todavía no ha sido escrito. Es probable que la reticencia y el pudor para publicar libros propios, como confiesa en la “Advertencia general” de su *Cartografía personal* —habiendo publicado, como editor, cientos de libros ajenos—, sean una explicación posible de esa injustificada ausencia:

Hace muchos años que escribo, o que intento hacerlo. En 1955 publiqué mi primer poema y comentario crítico en una revista estudiantil. Mi inveterada pereza, mis escasas aptitudes y un constante acoso laboral me han impedido producir —tal vez para bien del lector— un libro hecho y derecho. Pocos años atrás decidí rectificarme: reuní todos mis textos — artículos y entrevistas, reseñas y notas periodísticas, ponencias y comentarios académicos diversos—, los ordené por temas, fechas o afinidades. Deseché, dudé, busqué un hilo conductor; no lo hallé y el libro sucumbió. Un libro, quiero decir la *Divina Comedia* o *Los siete locos*.

Escrito de cabo a rabo como tal. Abandoné aquel digno propósito por ese motivo y por otros de menguado prestigio. Pero en el 2002 me sobrepuse a aquella frustración, y me dije: “Durante años esto hiciste. Veamos ahora si hay algo que puede, sin mucha prudencia, rescatarse”. Dos o tres amigos —temerarios— me alentaron. El resultado es el que sigue. (13)

Y lo que siguió es su extraordinario *Cartografía personal*, de 2005, esa compleja amalgama de una diversidad de textos —reportajes periodísticos, artículos académicos, ponencias en congresos nacionales e internacionales, prólogos, presentaciones de libros, semblanzas y retratos de amigos que ya murieron— que fueron escritos por Lafforgue en distintos momentos de su trayectoria pero que son comentados, contextualizados, discutidos o corregidos por el mismo Lafforgue en el tiempo presente de su edición en formato libro, quien busca “recuperar lo que uno ha hecho, que es lo que uno ha sido y sigue siendo” (14) para refrendar, de este modo, su propio camino, su cartografía personal. Lafforgue ordena sus lecturas del pasado para reinscribirlas en el presente de enunciación del libro (Saítta 5). En la nada inocente conjunción de los textos escritos en el pasado con los comentarios del que escribe en presente, Lafforgue diseña los momentos de continuidad o ruptura en los modos de leer que fueron configurando los sucesivos mapas de la crítica literaria argentina desde los años cincuenta hasta comienzos de este siglo.

Ese libro se abre con dos epígrafes. En el primero, se citan las palabras de Praxedes Chagas, quien dice: “He empezado a cuidar el recuerdo que voy a dejar y hay otras cosas de mi pasado que prefiero que se conserven, antes que las artes de fullero”; en el segundo, una afirmación de Ricardo Piglia: “La crítica es la forma moderna de la autobiografía. Uno escribe su vida cuando cree escribir sus lecturas”. Tal como afirma Lafforgue al analizar la obra de Juana Bigozzi, es por todos conocida la importancia de los epígrafes, “su función paratextual”. En este caso, esos dos epígrafes subrayan el paulatino avance de una primera persona que comienza dando la voz a otros para asumirla plenamente en sus últimas páginas: el

libro se abre con las entrevistas que un joven Lafforgue realizara a Pablo Neruda, Jorge Luis Borges y Jorge Amado, y se cierra con una entrevista en la que los roles son otros porque es Lafforgue el entrevistado, y no el entrevistador; y es Lafforgue quien dice yo, al “hacer de la primera persona el eje del discurso” para hablar de sí mismo y para rendir un entrañable homenaje a los amigos que ya murieron: León Sigal, Germán Rozenmacher, Carlos Correas, Oscar Masotta y Ángel Rama.

En la historia de la crítica literaria argentina y latinoamericana, Lafforgue marca el comienzo de la que se considera la nueva crítica de los años setenta, y se cifra en los dos tomos de *Nueva novela latinoamericana* que dirigió en 1969 y 1972. Tanto es así, que Nicolás Rosa abre su inteligente estudio sobre la crítica literaria argentina de la dictadura a la democracia, titulado “Veinte años después o la ‘novela familiar’ de la crítica literaria”, diciendo que estos dos tomos, que “fueron obra” de Jorge Lafforgue, “nos permiten visualizar las primeras operaciones de los críticos que entendemos ocupan hoy una presencia manifiesta y reconocida: Beatriz Sarlo, Eduardo Romano, Josefina Ludmer, Jorge Rivera, Ricardo Piglia, Aníbal Ford, Nicolás Rosa”, además de los ya reconocidos como Ana María Barrenechea, Noemí Ulla, César Fernández Moreno o Noé Jitrik (167). Estos dos tomos, como afirma Rosa, marcan un momento de inflexión que permite pensar en el antes y el después tanto de la crítica literaria argentina en general —tema que excede el objetivo de este trabajo—, como también en la trayectoria de Lafforgue en particular.

Hacia 1969, cuando publica el primer tomo de *Nueva novela latinoamericana*, Lafforgue tenía una trayectoria crítica y editorial más extensa y excepcional que la de sus contemporáneos. Había ingresado a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1954 como estudiante de la carrera de Filosofía. Desde aquel 1954 a ese 1969, esto es, en solo quince años, Lafforgue ya había ocupado todos los espacios vinculados a la universidad, al mundo editorial, la literatura, el periodismo, la crítica argentina y latinoamericana.

Siendo todavía un estudiante, trabaja en *Imago Mundi* (1953-1956) la revista dirigida por José Luis Romero y considerada como “una universidad en las



sombras”. Después del golpe de 1955, cuando sus principales integrantes se dispersan —Ramón Alcalde, quien era el que organizaba las actividades y reuniones de *Imago Mundi*, parte para Rosario; Romero es nombrado Rector de la Universidad de Buenos Aires; Vicente Fatone asume como interventor en la Universidad del Sur—, Tulio Halperin Donghi queda al frente de la revista y, con Lafforgue, lanzan un número doble, aunque poco después la revista deja de salir. Por su pertenencia a *Imago Mundi*, Lafforgue se acerca a *Contorno*: “*Imago Mundi* estaba en la avenida Callao, frente a la pizzería La Americana. Cuando murió Grimoldi, el dueño de las zapaterías y quien bancaba la revista, tuvimos que mudarnos a una pequeña oficina en Diagonal Norte y Esmeralda, que estaba en diagonal con el bufete de abogado de Ismael Viñas donde además funcionaba *Contorno*. Alcalde iba y venía, David Viñas venía mucho a *Imago Mundi*, y yo frecuentaba la oficina de *Contorno* y tenía contacto fluido con Ismael Viñas, León Rozitchner, Noé Jitrik. [...] En esos años empezamos a militar en el frondizismo” (Saavedra 26).

Mientras tanto, ingresa como colaborador de *Centro*, la revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, que había comenzado a salir en noviembre de 1951, donde publica su primer trabajo crítico sobre la revista *Contorno* y un artículo sobre el poeta italiano Salvatore Quasimodo, Premio Nobel de literatura de 1959. Esos años en *Centro* fueron “el mejor estímulo, el mejor lugar de formación, mucho más que los cursos regulares de la Facultad. Por esos años yo escribía poesías, que mis compañeros soportaban con estoicismo y de las cuales tres se publicaron en la revista” (Dámaso Martínez 43): “Los dientes del deseo”, “Jirones del quebranto” y “Las avispas”. Entre octubre de 1956 y mediados de 1959 la revista deja de publicarse por conflictos internos, y reaparece en el tercer trimestre de 1959 bajo la dirección de Lafforgue, con formato más grande, 150 páginas y una nueva presentación gráfica a cargo de Luis María Torres Agüero. Pero salen solo dos números, el 13 y el 14, ya que en su último número se publica “La narración de la historia”, el polémico cuento de Carlos Correas, que fue tildado de pornográfico y por el que intervino la justicia, Correas y Lafforgue fueron detenidos y condenados,

y enfrentaron un juicio por inmoralidad. Obviamente, la revista fue clausurada. Cuenta Lafforgue que “la decisión de publicar ese texto fue casi exclusivamente de Masotta y mía, pues tanto en el consejo de redacción de la revista como en la comisión directiva del Centro de Estudiantes hubo quienes nos apoyaron ‘discretamente’ y quienes se pusieron furiosos. Por suerte Emilio de Ípola y Vanni Blengino, dos pesos pesados del CEFyL, nos apoyaron sin reservas” (*El Ojo Mocho* VIII). El fiscal Guillermo de la Riestra se hizo cargo de un proceso basado en el artículo 128 del Código Penal que condena las publicaciones obscenas. Después del procedimiento judicial “el corte de manga que nos hicieron fue fenomenal. En principio, el ataque estuvo dirigido contra ese emergente de la conjura homosexual/marxista—ese cuento, esa revista, esos estudiantes— y, por elevación, contra las autoridades universitarias que permitían la circulación de semejante basura, de aberraciones ideológicas como ese texto. Brulotes a diestra y siniestra, incluyendo un par de editoriales de los grandes diarios y una exaltada condena del diputado radical Santiago Nudelman conformaron un abultado y apabullante dossier (apenas ensombrecidos por un par de testimonios favorables, de Ángel Rama, de David Viñas); en general, quienes decían apoyarnos se mostraban renuentes a la hora de hacerlo público” (IX).

Mientras tanto, durante el gobierno de Arturo Frondizi, en 1958, el Director General de Cultura José Babini convoca a Lafforgue y a Oscar Masotta para dirigir la colección Ediciones Culturales Argentinas de la que salieron algunos libros; el primero fue *Horacio Quiroga. Una obra de experiencia y riesgo*, de Noé Jitrik, publicado en 1959. En ese mismo momento, Lafforgue colabora también en el equipo de trabajo de Risieri Frondizi en el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires, donde dirige la Oficina de Prensa y es secretario de redacción de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (1960-1962), dirigida por José Luis Romero. En 1960, ocupa la presidencia de la FUBA, en el marco de la cual realiza un viaje a la República Popular China y dicta conferencias en la Universidad de Pekín sobre la realidad cultural latinoamericana. Y en 1962, dirige junto a León Sigal, Eliseo Verón, Marco Aurelio Galmarini y José Arthur Giannotti la revista *Cuestiones de*

Filosofía en cuyos tres números se debaten las incidencias del estructuralismo, el existencialismo y el marxismo en la cultura argentina.

Aunque era egresado de la carrera de Filosofía, en el primer cuatrimestre de 1966 participa de la cátedra paralela de “Literatura Argentina” dictada por Noé Jitrik, junto a Andrés Avellaneda, Eduardo Romano y Alberto Szpunberg. Dos delegadas estudiantiles de la carrera de Letras habían logrado que las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras aprobasen una cátedra paralela en Literatura Argentina; una de esas delegadas era Nora Dottori, compañera de vida, trabajo y madre de sus cuatro hijos.

Después del golpe de Estado de 1966 y la Noche de los bastones largos, como tantos profesores y estudiantes, Lafforgue queda afuera de la universidad. Comienza entonces un momento en el que se conjugan una universidad intervenida por la dictadura militar del general Juan Carlos Onganía, el auge de la industria editorial argentina y la masividad de semanarios y revistas culturales que se convierten en ámbitos de trabajo, sociabilidad y creación de quienes habían quedado afuera de la universidad.

Lafforgue es, en este sentido, su mejor ejemplo: habiendo sido estudiante y docente universitario, director de revistas universitarias, editor de libros universitarios, crítico literario en revistas universitarias, a mediados de los años sesenta comienza a trabajar en la editorial Losada como corrector de pruebas de imprenta. El editor de Losada era Edgardo Cozarinsky quien muy pronto pasa a trabajar en *Primera Plana*, quedando Lafforgue con el cargo de editor. En 1968 se incorpora también al Centro Editor de América Latina, creada por Boris Spivacow después del golpe de Estado de 1966, cuando había renunciado a la dirección de EUDEBA, para dirigir la colección Siglomundo que fue, dice Lafforgue,

el mejor proyecto que llevé a cabo como editor. Cada número iba acompañado de un disco, un sobre con documentación, un libro, u otro fascículo. Nunca trabajé tanto en mi vida como con esa colección, que tuvo dos etapas. La primera, en la que trabajé, fue la mejor y duró hasta que la

cerró Onganía. Entonces dejé de trabajar fijo en el CEAL y empecé a hacer colecciones y proyectos desde afuera: la Biblioteca Básica Universal y Grandes Poetas. (Saavedra 29)

También en esos años, Lafforgue y Nora Dottori deciden abrir una librería que comienza primero como una idea para enfrentar una economía doméstica maltrecha desde la intervención universitaria, y deviene en ámbito de sociabilidad intelectual y de discusión de proyectos editoriales. En su todavía inédita *Autobiografía apócrifa*, dice Lafforgue:

Nuestra pequeña librería —en la Galería Buenos Aires, a escasos metros de su entrada por la Avenida Córdoba al 500— se llamó *Rayuela* a propuesta de Nora, fervorosa lectora de Julio Cortázar. Recuerdo que la experiencia duró poco más de un año, fue rica en anécdotas y tuvo múltiples vericuetos “comerciales”, buenos y malos [...]. Dada la ubicación céntrica de *Rayuela*, frente a las Galerías Pacífico, a cuadra y media de nuestra Facultad y del Rectorado de la UBA, amigos y conocidos nos visitaban con frecuencia. David Viñas, que vivía muy cerca, pasó uno de esos días y me invitó a tomar un café; en el transcurso de la conversación me preguntó si tenía disponible o me animaba a escribir un libro para una nueva colección de la Editorial Paidós; le respondí negativamente, pero a la vez le prometí pensar su propuesta, pues me entusiasmaba mucho. [...] David invitó a varios colegas argentinos a colaborar en esa colección; pero de hecho solamente pasaron el filtro y se publicaron los dos primeros volúmenes de *Nueva novela latinoamericana*, en 1969 y 1972, quedando un tercero inédito. Esa dupla (o tríptico fallido) de ensayos críticos sobre la narrativa reciente de nuestro continente surgió entonces de mi entusiasmo ante la propuesta de David: tomaría obras emblemáticas, como *Zama*, *Paradiso*, *Cien años de soledad*, *Rayuela*, *La ciudad y los perros*, *Tres tristes tigres*, o el conjunto de la obra de un



escritor que hubiese abierto nuevos surcos, como Macedonio Fernández, Arlt, Borges, Rulfo, Arguedas o Manuel Puig; los trabajos se los propuse a unos pocos críticos mayores a quienes yo respetaba (Carlos Blanco Aguinaga y Ana María Barrenechea; y le pedí permiso a Juan Carlos Onetti para reproducir su excelente nota sobre Arlt publicada como prólogo a la traducción italiana de una de sus obras) u otros críticos jóvenes que a mi juicio habían comenzado a abrir nuevos caminos o estaban por hacerlo (Ángel Rama, Noé Jitrik, Mario Vargas Llosa, Eduardo Romano, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, Ricardo Piglia, Susana Zanetti, Luis Gregorich, Nicolás Rosa, Aníbal Ford, Jorge B. Rivera, Nora Dottori, entre otros); sumándole extensas introducciones y notas de mi cosecha. (*Autobiografía apócrifa*, manuscrito en preparación)

La edición de los dos tomos de *Nueva novela latinoamericana* es testimonio de cómo funciona ese momento de la crítica literaria, en un intercambio y diálogo en continuado entre la industria editorial, el mundo académico y el periodismo cultural: por la publicación de estos libros, Lafforgue es invitado a participar en el Segundo Congreso Internacional de la Nueva Narrativa Hispanoamericana, organizado por la Universidad de Chile, en Valparaíso, entre el 17 y 31 de agosto de 1972. A su regreso, Lafforgue no convierte esa ponencia en un artículo académico, sino que elige escribir una extensa nota titulada “Narrativa latinoamericana. La historia que no cesa”, que, ilustrada con varias fotos y recuadros con recuerdos de su estadía en Chile, se publica en la revista *Siete Días* donde trabajaba. La elección de esta revista pone de manifiesto dos cuestiones que merecen subrayarse: por un lado, los amplios y numerosos ámbitos de circulación de la crítica literaria que se abren a partir de los años sesenta; por otro, la libertad de los críticos para elegir dónde o cómo publicar.

Ya en los setenta, los oficios terrestres de Jorge Lafforgue se amplían y diversifican, pero sostienen en su centro al libro, la literatura, la crítica literaria y la docencia. Además de Losada y CEAL, hasta el golpe de Estado de 1976, integra

las redacciones de *Siete Días*, *Panorama*, *Confirmado* y *La Opinión*. De todas estas publicaciones, *Siete Días* es su ámbito de trabajo más importante: ingresa como crítico de cine y muy pronto queda a cargo de la coordinación de las secciones fijas de cine, teatro, música, libros, ajedrez, salud y, durante un corto plazo, el correo de los lectores. Asume así las tareas de editor, no de libros sino de una revista, ya que revisa, corrige y adapta las notas de los colaboradores al espacio que indican los diagramadores. Además de coordinar estas secciones, dirige la sección de crítica de libros, para la que reseña entre dos a cuatro libros por semana. En esta sección, Lafforgue, muchas veces sin firma, escribe y escribe, reseña tras reseña de libros de literatura argentina y latinoamericana, crítica literaria, literatura extranjera, historia, psicoanálisis, cine y teatro: Julio Cortázar, *Último round* (nº 143), Eduardo Mallea, *La penúltima puerta* (nº 145), Jean Laplanche, Serge Leciare, André Green y J. B. Pontalis, *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo* (nº 146), Adolfo Prieto, *Estudios de literatura argentina* (nº 146), Arthur Waley, *Vida y poesía de Li Po* (nº 149), John Reed, *Hija de la revolución* (nº 150), Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, *La novela en América Latina* (nº 152), Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana* (nº 152), Armando Discépolo, *Obras escogidas* (nº 153), Horace McCoy, *¿Acaso no matan a los caballos?* (nº 154), *La Enciclopedia de teatro*, de 12 volúmenes, de CEAL (nº 155), Mario Benedetti, *Literatura uruguaya siglo XX* (nº 155), Félix Lima, *Entraña de Buenos Aires* (nº 155), James Baldwin, *El cuarto de Giovanni* (nº 158), Jorge Amado, *Doña Flor y sus dos maridos* (nº 159), Gabriel García Márquez, *Relato de un naufragio* (nº 166), Juan Loveluck, *La novela hispanoamericana* (nº 174), Saul Bellow, *La víctima* (nº 174), Jorge Luis Borges, *El informe de Brodie* (nº 175), Tomás Marco, *Música española de vanguardia* (nº 175), Adolfo Bioy Casares, *Memoria sobre la pampa y los gauchos* (nº 176), René Barjavel, *Los caminos de Katmandú* (nº 176), Juan Carlos Gené, *Cosa juzgada* (nº 178), José María Rosa, *Historia del revisionismo y otros ensayos* (nº 178), J. Francisco Aranda, *Luis Buñuel. Biografía crítica* (nº 181), Hillary Waugh, *Corre cuando diga "ya"* (nº 182), José Giovanni, *El último suspiro* (nº 183), Artur Joseph, *Teatro en confidencia. Entrevistas con*



eminencias (n° 185), Bertolt Brecht, *Obras* (n° 199), Otelio Borroni y Roberto Vacca, *La vida de Eva Perón* (n° 201). La lista de libros reseñados, en menos de tres años, podría continuarse, pero para qué abundar: Lafforgue es un lector excepcional.

Entretanto, en 1971 es convocado como profesor por la Universidad del Salvador para dictar “Literatura Latinoamericana”, cargo que sostuvo hasta 2003; además, entre 1973 y 1976, reemplaza a Juan Carlos Ghiano —que había pedido licencia por problemas de salud— al frente de la cátedra de “Literatura Latinoamericana” en la Universidad Nacional de La Plata. En mayo de 1987, ingresa a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora donde inaugura la materia “Literatura Latinoamericana” en la poco antes creada carrera de Letras; un año después, queda al frente de la cátedra, por concurso, hasta que la pandemia de 2020 lo aleja de las aulas. A finales de los años ochenta, radica un seminario de investigación sobre literatura y periodismo en el Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas”, de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, dirigido entonces por David Viñas, en el que participan Bárbara Crespo, Víctor Pesce, Ana Lía Rey, Fernando Diego Rodríguez, Leticia Prislei, Renata Rocco-Cuzzi y quien firma.

De más está decir que sus tareas como editor continuaron: desde 1982 y durante toda la década, está a cargo de la editorial Legasa, una gran experiencia editorial, en la que se publicaron doscientos títulos de narrativa, ensayo y crónica política, y los siete números de la revista *Cine Libre*. Basta asomarse al catálogo de literatura argentina publicada por Legasa para ver cómo, desde el armado mismo de una colección, Lafforgue interviene en la construcción de mapas, cánones o contra-cánones de la literatura nacional: Héctor Tizón, José Pablo Feinmann, Daniel Moyano, Rodolfo Rabanal, Jorge Asís, Guillermo Saccomanno, Liliana Heker, Juan Sasturain, Juan Martini, Tomás Eloy Martínez, Vicente Battista, Liliana Heer. A estos nombres, sumo a ensayistas y críticos como Aníbal Ford, Jorge B. Rivera, Eduardo Romano, Juan José Sebreli, Juan Carlos Torre, Silvia Sigal y Eliseo Verón, Roxana Guber, Horacio Verbitsky, Isidoro Gilbert, entre



muchos otros. A Legasa le siguen: una participación en el directorio de EUDEBA durante la gestión de Luis Gregorich (1984-1986); oficiar como *ghostwriter* en El Ateneo, donde escribe “libros breves y baratos sobre cómo cultivar rabanitos en el balcón de tu casa o sobre los cuidados que demandan las muy queridas mascotas” (Quereilhac 88); y finalmente Alianza, editorial en la que trabaja durante veinte años.

Editor, crítico literario, docente universitario y, también, gran entrevistador. Lafforgue demuestra que la entrevista es, o puede ser, una de las grandes formas de la crítica literaria, en su doble entrada: en las respuestas de quienes que son entrevistados y en la inteligencia de quien prepara y realiza la entrevista. Como señala Graciela Speranza, la entrevista es parte de la crítica literaria porque requiere de preguntas donde aparezcan hipótesis de lectura sobre la obra del escritor o la escritora que se entrevista (17). Una entrevista no es el mero resultado de transcribir las palabras del otro, sino de interpretar sus silencios, sus posturas, sus gestos. Juan José de Soiza Reilly, en los comienzos mismos del género, la define como “el entusiasmo por el arte de interpretar pensamientos ajenos”, y no sólo los pensamientos:

analizo su alma a través de sus gestos. Estudio su peinado. Estudio su despeinado... Leo sus sonrisas. Cuento sus lapiceros. Y, como a menudo, no pongo atención a lo que él me dice (aunque yo le haya provocado sus respuestas) puedo fácilmente comprender lo que no quiere decirme. ¿Y qué es lo que no quiere decirme? Precisamente aquello que yo quiero saber. (388)

Algo parecido sucede con las reseñas, género de intervención crítica sobre el presente de la literatura que, como ya no es considerado un antecedente válido en los informes académicos o en las postulaciones para ganar una beca, ha quedado sujeto a los vínculos comerciales entre editoriales y suplementos culturales, o, salvo notables excepciones, a la descripción a-crítica del contenido o la trama de una



novela en las páginas culturales de los diarios y las revistas. Quién de nosotros, hoy, sacaría una revista como *Los Libros* o *Babel. Revista de Libros*; quiénes de nosotros, hoy, escribiría una reseña en una revista como *Punto de Vista*, *El Escarabajo de Oro*, *El Ojo Mochó* o *Contorno*. El sistema de referato actual que se impone a las revistas se llama, no casualmente, “referato doble ciego” porque es un sistema que no deja ver y enceguece; quita libertad —esa inmensa libertad para escribir que tuvieron Lafforgue y las generaciones de grandes críticas y críticos que nos preceden—; coloca un corsé y dice cómo se debe escribir; desde dónde se puede intervenir; les imprime a quienes escriben crítica literaria un sistema jeroglífico de números y siglas que imaginariamente otorga un valor numérico a lo que se dice, según las reglas que figuran en plataformas tan alejadas de la literatura como ERIH PLUS, SCIELO, CIRC, LATINDEX, SCOPUS, MIAR, REDALyC, QUALIS, entre otras.

La trayectoria de Lafforgue también demuestra que el futuro de los libros de crítica literaria depende de los editores. Sin editores que apuesten por una intervención crítica en su calidad de editores; sin lectores en editoriales como lo fue Lafforgue —también Enrique Pezzoni, Luis Chitarroni, entre tantos otros—; sin un diálogo entre la enseñanza universitaria, la investigación académica y el periodismo cultural; en un presente atravesado por las efímeras y estridentes polémicas en las redes sociales, en las que todas y todos pueden escribir sobre lo que sea, porque es fácil, lleva poco tiempo y alimenta los egos personales, pero donde casi no hay editoriales que publiquen crítica literaria o no se escriban ya libros de crítica literaria porque pareciera que es más valioso un artículo publicado en una revista con referato que un libro, el futuro, en este sentido, parecería que no es nuestro. Tal vez lo sea, si volvemos a escuchar la voz de un maestro que nos muestra, a través de toda una trayectoria que, con una increíble prepotencia de trabajo, es posible dedicar toda una vida a los libros y a quienes escriben libros: Lafforgue escribió libros y escribió sobre libros; dictó clases universitarias durante más de cincuenta años; editó, inventó, compiló, vendió libros; dirigió revistas que hablaban de libros; fue jurado de premios que permitieron la edición de libros; estuvo preso por

publicar un cuento en una revista universitaria; estaba escribiendo un libro cuando murió, el 5 de enero de 2022, rodeado de libros y más libros que hicieron de su departamento una casa tomada por libros. Y lo hizo sin la estridencia del nombre propio, casi en silencio, como demuestra la anécdota que cierra este artículo y que transcurre el 24 de agosto de 1975, cuando Borges cumplía 76 años.

En aquel agosto de 1975, Lafforgue era redactor de *Siete Días* y también estaba trabajando con Borges, a quien había conocido, como cuenta en su *Cartografía personal*, a finales de los años sesenta, cuando acompañaba a Miguel de Torre, sobrino de Borges y compañero de Lafforgue en Losada, en sus visitas al departamento de la calle Maipú (32). No sólo estaba colaborando en el cuidado de la edición de los volúmenes de la Biblioteca de Babel, la colección de literatura fantástica dirigida por Borges, publicada primero en Italia por el editor Franco María Ricci entre 1975 y 1981, sino que era su lector: Borges integraba el jurado del “Primer Certamen Latinoamericano de Cuentos Policiales Siete Días” junto a Marco Denevi y Augusto Roa Bastos, y Jorge Lafforgue, coordinador del certamen, se reunía con él periódicamente para leerle los centenares de manuscritos recibidos. Los ganadores fueron Eduardo Mignogna, Juan Flo, Eduardo Goligorsky, Antonio Di Benedetto y Ricardo Piglia; el libro que compiló los cinco cuentos fue editado por Lafforgue bajo el título *Misterio 5. Siete Días Club*, en la editorial Abril, ese mismo año. Muy poco después, Lafforgue y Jorge B. Rivera escribirían la extensa nota “‘La morgue está de fiesta...’ Literatura policial en la Argentina” para la revista *Crisis*, versión preliminar del memorable *Asesinos de papel* publicado en Calicanto en 1977.

Norberto Firpo, director de *Siete Días*, le encarga entonces realizar una nota sobre el primer cumpleaños de Borges después de la muerte de su madre. Enterado del asunto, Borges, en voz muy alta, le había respondido con un rotundo no: “No quiero saber nada de este asunto [...] ¿Por qué se les ha ocurrido semejante idea?” (14). Como gran periodista y excelente lector de Borges, la astucia de Lafforgue gana la partida: después de su negativa, Lafforgue cuenta que, el viernes 22, “acordamos continuar la lectura de los cuentos policiales del concurso el



mismísimo domingo a la mañana. Fijamos una hora y, al despedirme, le pregunto bromeando: “¿Debo traerle un regalo?”. Me responde sin titubear: “Si me trae un regalo, salen disparados usted y el regalo” (14). Por lo tanto, el domingo 24, con medio centenar de relatos policiales bajo el brazo, Lafforgue llega al departamento B del sexto piso de Maipú 994, dispuesto a leerle a Borges, pero también, a escribir su nota. La lectura de los cuentos policiales se torna difícil, casi imposible: aparece primero una joven para realizarle a Borges una entrevista radial; poco después, un joven estudiante toca el timbre; el teléfono suena cada cinco minutos; lo visitan Norah Borges, sus sobrinos Luis y Miguel de Torre, con su familia. Hacia el mediodía, llega el fotógrafo de *Siete Días*, Gerardo Horovitz. Borges finalmente concede, resignado.

La nota se publica en *Siete Días*, que, en tapa, anuncia: “Borges. Cómo pasó su cumpleaños”, y dedica sus primeras páginas a una importante nota ilustrada a la que titula “El día que Borges cumplió 76 años”. Su redactor, aclara la revista en el antetítulo, es Jorge Lafforgue. Además de la nota, la revista publica las fotos: Borges conversando con un Lafforgue a quien sólo se le ve el perfil, en sombras; Borges tomando la sopa del mediodía; Borges sentado en su sillón; Borges hablando por teléfono. Y publica también esta foto, que es cifra, no de Borges, sino de su lector:



Si bien el epígrafe de la foto dice: “El autor de la nota lee a JLB algunos de los cuentos del concurso”, ese autor, que es Jorge Lafforgue, se esconde detrás de una inmensa página de papel.

No hay mejor foto para ver y conocer a Jorge Lafforgue: muy lejos de la pose, los grandes gestos, la auto-celebración y el auto-homenaje; ajeno a las ansias de figurar, de ser celebrado y homenajeado; irónico, generoso con su tiempo, sus lecturas y su deslumbrante memoria, Lafforgue está detrás de esa inmensa página de papel; está, con su nombre y apellido, en los artículos y libros que firmó, en las incontables clases y conferencias que dictó, en los prólogos y entrevistas que escribió, y está también en ese lugar fundamental, poco reconocido y fácil de

olvidar cuando leemos, que es el del gran editor y lector, *el hacedor* de tantos libros que son piezas clave de la literatura nacional y latinoamericana.

Bibliografía

- Correas, Carlos. “La narración de la historia”. *Centro*, nº 14, cuarto trimestre de 1959, pp. 6-18.
- Dámaso Martínez, Carlos. “Entrevista a Jorge Lafforgue. La historia siguió, sigue y seguirá”. *Espacios de Crítica y Producción*, nº 19-20, noviembre-diciembre de 1996, pp. 39-44.
- De Soiza Reilly, Juan José. “Lo que no me dijo Merry del Val”. *Cien hombres célebres (Confesiones literarias)*. Maucci, 1909, pp. 383-391.
- Lafforgue, Jorge. *Cartografía personal*. Taurus, 2005.
- _____. “Los dientes del deseo”. *Centro*, nº 10, noviembre de 1955, pp. 91-92.
- _____. “Contorno”, *Centro*, nº 10, noviembre de 1955, pp. 122-125.
- _____. “Jirones del quebranto”, *Centro*, nº 12, octubre de 1956, pp. 30-31.
- _____. “Las avispas”, *Centro*, nº 13, tercer trimestre de 1959, pp. 43-44.
- _____. “Quasimodo y las bocas calladas”, *Centro*, nº 14, cuarto trimestre de 1959, pp. 141-146.
- _____. “Narrativa latinoamericana. La historia que no cesa”. *Siete Días*, nº 284, 23 a 29 de octubre de 1972, pp. 24-29.
- _____. “El día que Borges cumplió 76 años”. *Siete Días*, nº 429, 29 de agosto a 4 de septiembre de 1975, pp. 14-18.
- _____. “Carlos Correas ante mi espejo”. *El Ojo Mocho*, nº 16, verano de 2001-2002, pp. VIII-X.
- _____. (compilador). *Nueva novela latinoamericana I*. Paidós, 1969.
- _____. (compilador). *Nueva novela latinoamericana II*. Paidós, 1972.
- _____. (editor). *Rodolfo J. Walsh. Nuevo Texto Crítico*, nº 12/13, julio de 1993-junio de 1994.
- _____. (editor). *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Alianza, 2000.
- _____. y Jorge B. Rivera, “‘La morgue está de fiesta...’ Literatura policial en la Argentina”. *Crisis*, nº 33, enero de 1976, pp. 16-25.
- _____. *Asesinos de papel*. Calicanto, 1977.
- _____. *Asesinos de papel. Ensayos sobre narrativa policial*. Colihue, 1996.
- Quereilhac, Soledad. “Entrevista a Jorge Lafforgue”. *El Matadero*, nº 11, 2017, pp. 87-100.
- Marechal, Leopoldo. *Adán Buenosayres*. Edición crítica de Jorge Lafforgue y Fernando Colla. ALLCA XX / Fondo de Cultura Económica, 1999.



- Rosa, Nicolás. “Veinte años después o la ‘novela familiar’ de la crítica literaria”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 517-519, julio-septiembre de 1993, pp. 161-186.
- Saavedra, Guillermo. “Diálogos con protagonistas de la cultura. Jorge Lafforgue. Memorias de un hombre de letras”. *Estado Crítico*, n° 2, mayo de 2015, pp. 22-30.
- Saitta, Sylvia. “Ruptura y continuidad”. *La Nación*, 28 de agosto de 2005, p. 5.
- Speranza, Graciela. *Primera persona. Conversaciones con quince narradores argentinos*. Norma, 1995.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).